

L'OSSERVATORE ROMANO

EDICIÓN SEMANAL  EN LENGUA ESPAÑOLA

Unicuique suum Non praevalent

Año LII, número 47 0

Ciudad del Vaticano

20 de noviembre de 2020

Los pobres
están en el
centro del
Evangelio





Tender la mano a quien lo necesita

«Tender la mano a quien lo necesita»: comentando en el *Ángelus* del 15 de noviembre la parábola de los talentos en el centro del Evangelio del penúltimo domingo del año litúrgico, el Papa reiteró el tema de la Cuarta Jornada Mundial de los Pobres.

Queridos hermanos y hermanas, ¡buenos días!

En este penúltimo domingo del año litúrgico, el Evangelio nos presenta la famosa parábola de los talentos (cf. Mt 25, 14-30). Forma parte del discurso de Jesús sobre los últimos tiempos, que precede inmediatamente a su pasión, muerte y resurrección. La parábola —la hemos escuchado— cuenta de un rico señor que debe partir y, previendo una larga ausencia, encomienda sus bienes a tres de sus siervos: al primero le encomienda cinco talentos, al segundo dos, al tercero uno. Jesús especifica que la distribución se hace "según la capacidad de cada uno" (v. 15). Así hace el Señor con todos nosotros: nos conoce bien, sabe que no somos iguales y no quiere privilegiar a nadie en detrimento de otros, sino que encomienda a cada uno un capital de acuerdo con sus capacidades.

Durante la ausencia del amo, los dos primeros siervos se esforzaron hasta el punto de duplicar la suma que se les había encomendado. No así el tercer siervo, que esconde su talento en un hoyo: para evitar peligros, lo deja allí, a salvo de los ladrones, pero sin hacerlo fructífero. Llega el momento del regreso del amo, que pide cuentas a sus siervos. Los dos primeros presentan el buen fruto de sus esfuerzos; han trabajado, y el amo los elogia, los recompensa y los invita a participar en su fiesta, en su alegría. El tercero, sin embargo, al darse cuenta de que está en falta, inmediatamente empieza a justificarse diciendo: «Señor, sé que eres un hombre duro, que cosechas donde no sembraste y recoges donde no esparciste, por lo cual tuve miedo, y fui y escondí tu talento bajo tierra; aquí tienes lo que es tuyo» (vv. 24-25). Se defiende de su pereza acusando a su amo de ser "duro". Esta es una costumbre que también nosotros tenemos: muchas veces nos defendemos acusando a los demás. Pero ellos no tienen la culpa, la culpa es nuestra, el defecto es nuestro. Y este siervo acusa a los demás, acusa al amo, para justificarse. A menudo también nosotros hacemos lo

mismo. Entonces el amo le recrimina: le llama siervo «malo y perezoso» (v. 26); hace que le quiten su talento y lo echen de su casa. Esta parábola vale para todos pero, como siempre, especialmente para los cristianos. También hoy es muy actual, hoy que es la Jornada de los Pobres, en la que la Iglesia nos dice a los cristianos: "Tiende la mano al pobre, tiende tu mano al pobre". No estás solo en la vida, hay gente que te necesita; no seas egoísta, tiende la mano al pobre.

Todos hemos recibido de Dios un "patrimonio" como seres humanos, una riqueza humana, del tipo que sea. Y como discípulos de Cristo, también hemos recibido la fe, el Evangelio, el Espíritu Santo, los sacramentos, y tantas otras cosas. Estos dones hay que emplearlos para hacer el bien, el bien en esta vida, como servicio a Dios y a los hermanos. Y hoy la Iglesia te dice, nos dice: "Utiliza lo que te ha dado Dios y mira a los pobres. Mira, hay muchos, también en nuestras ciudades, en el centro de nuestra ciudad, hay muchos. ¡Haz el bien!".

A veces pensamos que ser cristianos es no hacer el mal. Y no hacer el mal es bueno. Pero no hacer el bien no es bueno. Tenemos que hacer el bien, salir de nosotros mismos y mirar, mirar a quienes tienen más necesidad. Hay mucha hambre, incluso en el corazón de nuestras ciudades, y tantas veces entramos en esa lógica de la indiferencia: el pobre está ahí y miramos para el otro lado. Tiende tu mano al pobre: es Cristo. Sí, algunos dicen: "Estos sacerdotes, estos obispos que hablan de los pobres, de los pobres... ¡Nosotros queremos que nos hablen de la vida eterna!". Escuchad, hermana y hermano, los pobres están en el centro del Evangelio. Es Jesús quien nos ha enseñado a hablar a los pobres, es Jesús quien ha venido por los pobres. Tiende tu mano al pobre. Has recibido muchas cosas, ¿y dejas que tu hermano, tu hermana, muera de hambre?

Queridos hermanos y hermanas, que cada uno diga en su corazón esto que Jesús nos dice hoy, que repita en su corazón: "Tiende tu mano al pobre". Y Jesús nos dice otra cosa: "Sabes, el pobre soy yo". Jesús nos dice esto: "El pobre soy yo".

La Virgen María recibió un gran don: Jesús; pero no se lo guardó para sí misma sino que se lo

dio al mundo, a su pueblo. Aprendamos de ella a tender la mano a los pobres.

Al finalizar la oración mariana, recitada desde la ventana del Estudio privado del Palacio apostólico vaticano, el Papa expresó cercanía a la población de Filipinas golpeada por un tifón y de Costa de Marfil comprometida en un difícil proceso de pacificación nacional; finalmente recordó a las víctimas de un incendio en un hospital para enfermos de Covid en Rumanía. Para concluir saludó a los fieles presentes en la plaza de San Pedro.

Queridos hermanos y hermanas:

Con la oración, estoy cerca de las poblaciones de las Filipinas, que sufren a causa de la destrucción y, sobre todo, de las inundaciones provocadas por un fuerte tifón. Expreso mi solidaridad a las familias más pobres y expuestas a estas calamidades, y mi apoyo a cuantos se esfuerzan por socorrerlas. Mi pensamiento se dirige a continuación a Costa de Marfil, que celebra hoy la Jornada Nacional de la Paz, en un contexto de tensiones sociales y políticas que, lamentablemente, han provocado numerosas víctimas. Me uno a la oración para obtener del Señor el don de la concordia nacional, y exhorto a todos los hijos e hijas de ese querido país a colaborar responsablemente en la reconciliación y en una convivencia serena. Animo, especialmente, a los diversos actores políticos a que restablezcan un clima de confianza recíproca y diálogo en la búsqueda de soluciones justas que tutelen y promuevan el bien común. Ayer, en una estructura hospitalaria de Rumanía en la que estaban ingresados varios pacientes afectados por el coronavirus, estalló un incendio que provocó varias víctimas. Expreso mi cercanía y rezo por ellas. Oremos por ellas. Os saludo a todos vosotros, fieles de Roma y peregrinos procedentes de diversos países. No os olvidéis, que suene hoy en nuestro corazón esta voz de la Iglesia: "Tiende tu mano al pobre. Porque, sabes, el pobre es Cristo". Me alegro en especial por la presencia del Coro de Voces Blancas de Hösel (Alemania). ¡Gracias por vuestros cantos!

Os deseo ¡a todos un buen domingo y, por favor, no os olvidéis de rezar por mí. ¡Buen almuerzo y hasta la vista!

La homilía de la misa de la Jornada mundial de los pobres

No dejarnos contagiar por la indiferencia

«No dejarnos contagiar por la indiferencia» y seguir el ejemplo de don Roberto Malgesini —el sacerdote de Como asesinado el pasado 15 de septiembre— que veía «el sentido de la vida en el servicio»: esta fue la invitación del Papa Francisco en la homilía de la misa por la cuarta Jornada mundial de los pobres, celebrada en la basílica de San Pedro el domingo por la mañana, 15 de noviembre, xxxiii del Tiempo ordinario, en presencia de una representación de personas indigentes, junto a los voluntarios de las realidades caritativas que cuidan de ellos.

La parábola que hemos escuchado tiene un comienzo, un desarrollo y un desenlace, que iluminan el principio, el núcleo y el final de nuestras vidas.

El comienzo. Todo inicia con un gran bien: el dueño no se guarda sus riquezas para sí mismo, sino que las da a los siervos; a uno cinco, a otro dos, a otro un talento, «a cada cual según su capacidad» (Mt 25,15). Se ha calculado que un único talento correspondía al salario de unos veinte años de trabajo: era un bien superabundante, que entonces era suficiente para toda una vida. Aquí está el comienzo: también para nosotros todo empezó con la gracia de Dios —todo, inicia siempre con la gracia, no con nuestras fuerzas— con la gracia de Dios, que es Padre y ha puesto tanto bien en nuestras manos, confiando a cada uno talentos diferentes. Somos portadores de una gran riqueza, que no depende de cuánto poseamos, sino de lo que somos: de la vida que hemos recibido, del bien que hay en nosotros, de la belleza irremplazable que Dios nos ha dado, porque somos hechos a su imagen, cada uno de nosotros es precioso a sus ojos, cada uno de nosotros es único e insustituible en la historia. Así nos mira Dios, así nos trata Dios.

Qué importante es recordar esto: En demasiadas ocasiones, cuando miramos nuestra vida, vemos sólo lo que nos falta y nos quejamos de lo que no tenemos. Entonces cedemos a la tentación del «¡ojalá!»: ¡ojalá tuviera ese trabajo, ojalá tuviera esa casa, ojalá tuviera dinero y éxito, ojalá tuviera ese problema, ojalá tuviera mejores personas a mi alrededor!... Pero la ilusión del «ojalá» nos impide ver lo bueno y nos hace olvidar los talentos que tenemos. Sí, tú no tienes aquello, pero tienes esto, y el «ojalá» hace que olvidemos esto. Pero Dios nos los ha confiado porque nos conoce a cada uno y sabe de lo que somos capaces; confía en nosotros, a pesar de nuestras fragilidades. También confió en aquel siervo que ocultó el talento: Dios esperaba que, a pesar de sus temores, también él utilizara bien lo que había recibido. En concreto, el Señor nos pide que nos comprometamos con el presente sin añoranza del pasado, sino en la espera diligente de su venida. Esa nostalgia fea, que es como un humor crudo, un humor negro que envenena el alma y hace que siempre mire hacia atrás, siempre a los demás, pero nunca a las propias manos, a las posibilidades de trabajo que el Señor nos ha dado, a nuestras condiciones, incluso a nuestra pobreza.

Así llegamos al centro de la parábola: es el trabajo de los sirvientes, es decir, el servicio. El servicio es

también obra nuestra, el esfuerzo que hace fructificar nuestros talentos y da sentido a la vida: de hecho, no sirve para vivir el que no vive para servir. Necesitamos repetir esto, repetirlo muchas veces: No sirve para vivir el que no vive para servir. Debemos meditar esto: No sirve para vivir el que no vive para servir. ¿Pero cuál es el estilo de servicio? En el Evangelio, los siervos buenos son los que arriesgan. No son cautelosos y precavidos, no guardan lo que han recibido, sino que lo emplean. Porque el bien, si no se invierte, se pierde; porque la grandeza de nuestra vida no depende de cuánto acaparamos, sino de cuánto fruto damos. Cuánta gente pasa su vida acumulando, pensando en estar bien en



vez de hacer el bien. ¡Pero qué vacía es una vida que persigue las necesidades, sin mirar a los necesitados! Si tenemos dones, es para ser nosotros dones para los demás. Y aquí, hermanas y hermanos, nos preguntamos: ¿Sigo las necesidades, solamente, o soy capaz de mirar a los que tienen necesidad? ¿A quién está necesitando? ¿Mi mano es así [abierta] o así [cerrada]?

Cabe destacar que los siervos que invierten, que arriesgan, son llamados «fieles» cuatro veces (vv. 21.23). Para el Evangelio no hay fidelidad sin riesgo. «Pero, Padre, ¿ser cristiano significa correr riesgos?» «Sí, queridos, arriesgar. Si no te arriesgas, terminarás como el tercer siervo: enterrando tus capacidades, tus riquezas espirituales y materiales, todo». Arriesgar: no hay fidelidad sin riesgo. Ser fiel a Dios es gastar la vida, es dejar que los planes se trastorquen por el servicio. «Yo tengo este plan, pero si sirvo...». Deja que se

trastoque el plan, tú sirve». Es triste cuando un cristiano juega a la defensiva, apeándose sólo a la observancia de las reglas y al respeto de los mandamientos. Esos cristianos «comidos» que nunca dan un paso fuera de las normas, nunca, porque tienen miedo al riesgo. Y estos, permítanme la imagen, estos que se cuidan tanto que nunca se arriesgan, estos comienzan en la vida un proceso de momificación del alma, y terminan siendo momias. Esto no es suficiente, no basa observar las normas; la fidelidad a Jesús no se limita simplemente a no equivocarse; es negativo esto. Así pensaba el sirviente holgazán de la parábola: falta de iniciativa y creatividad, se escondió detrás de un miedo estéril y enterró el talento recibido. El dueño incluso lo calificó como «malo» (v. 26). A pesar de no haber hecho nada malo, pero tampoco nada bueno. Prefirió pecar por omisión antes de correr el riesgo de equivocarse. No fue fiel a Dios, que ama entregarse totalmente; y le hizo la peor ofensa: devolverle el don recibido. «Tú me has dato es-

del Evangelio; el Evangelio no puede ser entendido sin los pobres. Los pobres tienen la misma personalidad que Jesús, que siendo rico se despojó de todo, se hizo pobre, se hizo pecado, la pobreza más fea. Los pobres nos garantizan un rédito eterno y ya desde ahora nos permiten enriquecernos en el amor. Porque la mayor pobreza que hay que combatir es nuestra carencia de amor. La mayor pobreza para combatir es nuestra pobreza de amor. El Libro de los Proverbios alaba a una mujer laboriosa en el amor, cuyo valor es mayor que el de las perlas: debemos imitar a esta mujer que, según el texto, «tiende sus brazos al pobre» (Pr 31,20): esta es la mayor riqueza de esta mujer. Extiende tu mano a los necesitados, en lugar de exigir lo que te falta: de este modo multiplicarás los talentos que has recibido.

Se aproxima la Navidad, tiempo de celebraciones. Cuántas veces, la pregunta que mucha gente se hace es: «¿Qué puedo comprar? ¿Qué más puedo tener? Necesito ir a las tiendas a comprar». Digamos la otra palabra, «¿Qué puedo dar a los demás?», para ser como Jesús, que se dio a sí mismo y nació propiamente en aquel pesebre.

Llegamos así al final de la parábola: habrá quien tenga abundancia y quien haya desperdiciado su vida y permanecerá siendo pobre (cf. v. 29). Al final de la vida, en definitiva, se revelará la realidad: la apariencia del mundo se desvanecerá, según la cual el éxito, el poder y el dinero dan sentido a la existencia, mientras que el amor, lo que hemos dado, se revelará como la verdadera riqueza. Todo eso se desvanecerá, en cambio el amor emergerá. Un gran Padre de la Iglesia escribió: «Así es como sucede en la vida: después de que la muerte ha llegado y el espectáculo ha terminado, todos se quitan la máscara de la riqueza y la pobreza y se van de este mundo. Y se los juzga sólo por sus obras, unos verdaderamente ricos, otros pobres» (S. Juan Crisóstomo, Discursos sobre el pobre Lázaro, II, 3). Si no queremos vivir pobremente, pidamos la gracia de ver a Jesús en los pobres, de servir a Jesús en los pobres.

Me gustaría agradecer a tantos fieles siervos de Dios, que no dan de qué hablar sobre ellos mismos, sino que viven así, sirviendo. Pienso, por ejemplo, en D. Roberto Malgesini. Este sacerdote no hizo teorías; simplemente, vio a Jesús en los pobres y el sentido de la vida en el servicio. Enjugó las lágrimas con mansedumbre, en el nombre de Dios que consuela. En el comienzo de su día estaba la oración, para acoger el don de Dios; en el centro del día estaba la caridad, para hacer fructificar el amor recibido; en el final, un claro testimonio del Evangelio. Este hombre comprendió que tenía que tender su mano a los muchos pobres que encontraba diariamente porque veía a Jesús en cada uno de ellos. Hermanos y hermanas: Pidamos la gracia de no ser cristianos de palabras, sino en los hechos. Para dar fruto, como Jesús desea. Que así sea.



Presentada la IV Jornada mundial de los pobres que se celebra el 15 de noviembre

No solo víveres sino manos y corazón

Cinco mil paquetes de víveres serán distribuidos a las familias necesitadas de sesenta parroquias romanas con ocasión de la IV Jornada mundial de los pobres, que se celebra el domingo 15 de noviembre. Lo anunció el arzobispo Rino Fisichella, presidente del Pontificio Consejo para la promoción de la nueva evangelización, durante la presentación del evento, que este año tiene por tema «Tiende la mano al pobre» (Sir 7, 32). En el encuentro –retransmitido en directo desde la sala de prensa de la Santa Sede en la mañana del jueves 12– participó también el subsecretario del dicasterio, monseñor Graham Bell.

Distintos tipos de alimentos de primera necesidad fueron entregados a las familias: pasta, arroz, salsa de tomate, aceite, sal fina y gorda, harina, café, azúcar, mermelada, atún, galletas y chocolate. La iniciativa ha sido realizada con la ayuda de Roma Cares y gracias a la generosidad de Elite supermercados. El envasado y distribución de estos paquetes ha sido posible gracias al compromiso de un grupo de veinte jóvenes actualmente sin empleo. Asimismo, la fábrica de pasta La Molisana ha donado 2,5 toneladas de pasta, que se destinarán a diversas casas de acogida y asociaciones benéficas. Sin olvidar el apoyo de la Société des Centres Commerciaux Italia y de la fundación Robert Halley, que han querido sostener las iniciativas del Papa «con su generosidad a favor de muchos pobres presentes en la ciudad».

Además, la limosnería apostólica está ofreciendo la posibilidad a los pobres que acceden a los albergues y a aquellos que quieren volver a su país, de realizar test del Covid-19, en el ambulatorio bajo la columnata de San Pedro. La estructura, que está abierta de 8 a 14, en dos semanas ha realizado una media de 50 test al día.

Gracias a la ayuda de seguros UnipolSai, se ha «enviado un primer bloque de 350.000 mascarillas quirúrgicas, para al menos 15.000 estudiantes de diferentes grados escolares, especialmente en la gran periferia de la ciudad, para ser de nuevo un apoyo a las familias». Este signo quiere ser también una invitación «a los jóvenes estudiantes para que no subestimen los riesgos de la pandemia sobre todo con comporta-

“

Este signo quiere ser también una invitación a los jóvenes estudiantes para que no subestimen los riesgos de la pandemia sobre todo con comportamientos que podrían perjudicar a las personas ancianas una vez que regresen a la familia

”

En estos meses en los que el mundo entero ha estado como abrumado por un virus que ha traído dolor y muerte, desaliento y desconcierto ¡cuántas manos tendidas hemos podido ver!: manos que han desafiado el contagio y el miedo para dar apoyo y consuelo

mientos que podrían perjudicar a las personas ancianas una vez que regresen a la familia».

En estos meses «en los que el mundo entero ha estado como abrumado por un virus que ha traído dolor y muerte, desaliento y desconcierto – constató el prelado – ¡cuántas manos tendidas hemos podido ver!»: manos que «han desafiado el contagio y el miedo para dar apoyo y consuelo». Una vez más, dijo el arzobispo, el Papa Francisco ha tendido su mano con varias iniciativas para hacer concreta y más eficaz esta jornada, que tiene como momento fuerte precisamente la misa presidida por el Pontífice a las 10, en la basílica vaticana. Fue retransmitida en directo en Rai 1, Tv2000, Telepace y sobre todas las emisoras católicas del mundo conectadas al Dicasterio de la comunicación, y en directo en la web de *Vatican News*. Estuvieron presentes de forma simbólica en San Pedro solo 100 personas, representando a todos los pobres del mundo que, en ese día, «necesitan especialmente la atención y la solidaridad de la comunidad cristiana, además de los voluntarios y benefactores». Respetando las normas vigentes a causa de la pandemia del Covid-19, este año no se colocó el ambulatorio médico en la plaza de San Pedro ni se realizó la comida con 1.500 pobres junto con el Papa en el Aula Pablo VI.

Todas estas iniciativas, aunque limitadas por la pandemia, muestran cómo la Jornada Mundial de los Pobres sigue siendo una cita a la que las diócesis de todo el mundo miran «para mantener vivo el sentido de atención y fraternidad hacia las personas más marginadas y desfavorecidas».

El subsidio pastoral que se ha preparado, explicó monseñor Fisichella, «puede considerarse un instrumento eficaz para que la Jornada no se limite sólo a las iniciativas caritativas, sino que éstas sean sostenidas por la oración personal y comunitaria». Como cada año, además de la edición italiana impresa por Ediciones San Paolo, el subsidio ha sido traducido a cinco idiomas (inglés, francés, portugués, español y polaco) y las versiones relativas están disponibles online en la página web del Pontificio Consejo para la promoción de la nueva evangelización (pcpne.va).

La tarea educativa de la vida consagrada

MENSAJE DEL PAPA AL SUPERIOR DE LOS ESCOLAPIOS

La tarea educativa de la vida consagrada fue relanzada por el Papa Francisco en un mensaje enviado al superior de los escolapios con ocasión de una iniciativa on line - vinculada con el pacto educativo global - realizada desde el jueves 12 de noviembre, hasta el sábado 14.



Al Reverendísimo
Padre Pedro Aguado Cuesta
Prepósito General de la Orden
de los Clérigos Regulares
Pobres
de la Madre de Dios de las
Escuelas Pías
Reverendo Padre:

Agradezco su invitación al evento promovido por la Unión de Superiores Generales y la Unión Internacional de Superiores Generales sobre el desafío de la reconstrucción del pacto educativo global que, con motivo de la pandemia, se celebrará online del 12 al 14 de noviembre próximos. Saludo a los responsables de los distintos Institutos de Vida Consagrada que participarán y a todos los que hacen posible ese seminario.

La Vida Consagrada ha estado siempre a la vanguardia de la tarea educativa. Ejemplo de ello es vuestro fundador, san José de Calasanz, que levantó la primera escuela de niños, pero también los religiosos que lo educaron en Estadilla y mucho antes los monasterios medievales que preservaron y difundieron la cultura clásica. De esta fuerte raíz, han surgido en todas las épocas de la historia distintos carismas que, por don de Dios, han sabido acomodarse a las necesidades y desafíos de cada tiempo y lugar. Hoy la Iglesia los llama a renovar ese propósito desde la propia identidad, y les agradezco que hayan tomado este testigo con tanto empeño y entusiasmo.

Como saben, son siete los compromisos esenciales del pacto educativo global que se está promoviendo. Siete compromisos que quiero sintetizar en tres líneas de acción concreta: centrarse, acoger e implicar.

Centrarse en lo importante, es poner la persona en el centro, en «su valor, su dignidad, para hacer sobresalir su propia especificidad, su belleza, su singularidad y, al mismo tiempo, su capacidad de relacionarse con los demás y con la realidad que la rodea». Valorizar la persona, hace de la educación un medio para que nuestros ni-



ños y jóvenes puedan crecer y madurar, adquiriendo las capacidades y los recursos necesarios para construir juntos un futuro de justicia y de paz. Es imprescindible que el objetivo no se pierda de vista y se disipe en los medios, en los proyectos y en las estructuras. Trabajamos para las personas, son ellas las que forman las sociedades, y estas las que estructuran una única humanidad, llamada por Dios a ser su Pueblo de elección. Para conseguirlo, es necesaria la acogida. Esta supone ponerse a la escucha del otro, de los destinatarios de nuestro servicio, los niños y los jóvenes. Implica que los padres, alumnos y

Trabajamos para las personas, son ellas las que forman las sociedades, y estas las que estructuran una única humanidad, llamada por Dios a ser su Pueblo de elección.

autoridades —principales agentes de la educación— presten oído a otro tipo de sonidos, que no son simplemente los de nuestro círculo educativo. Eso evitará que se cierren en su propia autorreferencialidad y hará que se abran al grito que brota de todo hombre y de la creación. Se necesita incentivar a nuestros niños y jóvenes para que aprendan a relacionarse, a trabajar en grupo, a tener una actitud empática que rechace la cultura del descarte. Asimismo, es importante que aprendan a salvaguardar nuestra casa común, protegiéndola de la explotación de sus recursos, adoptando estilos de vida más sobrios y

buscando el aprovechamiento integral de las energías renovables y respetuosas del entorno humano y natural, en el respeto de los principios de subsidiariedad y solidaridad y de la economía circular. La última línea de acción es decisiva: implicar. La actitud de escucha, definida en todos estos compromisos, no puede entenderse como un mero oír y olvidarse, sino que tiene que ser una plataforma que permita que todos se comprometan activamente en esta labor educativa, cada uno desde su especificidad y responsabilidad. Implicar e implicarnos supone trabajar por dar a los niños y jóvenes la posibilidad de ver este mundo que les dejamos en herencia con un ojo crítico, capaz de entender los problemas en el ámbito de la economía, la política, el crecimiento y el progreso, y de plantear soluciones que estén verdaderamente al servicio del hombre y de toda la familia humana en la perspectiva de una ecología integral.

Queridos hermanos: Acompaño con mis oraciones los esfuerzos de todos los Institutos representados en este evento, y de todos los consagrados y laicos que trabajan en el ámbito de la educación, pidiendo al Señor que, como siempre ha hecho, también en este momento histórico la Vida Consagrada sea una parte esencial del pacto educativo global. Los encomiendo al Señor, y pido a Dios que los bendiga y que la Virgen Santa los cuide.

Y, por favor, no se olviden de rezar por mí.

Fraternalmente,

FRANCISCO

Roma, San Juan de Letrán, 15 de octubre de 2020

La vacuna del covid: ¿valor social o valor de mercado?

Superar la globalización de la indiferencia e impulsar una vacuna para todos

LORENA PACHO PEDROCHE

Si algo ha dejado claro la pandemia es la interdependencia global que impera en el mundo, o como dijo el Papa Francisco, «nos dimos cuenta de que estábamos en la misma barca, todos frágiles y desorientados; pero, al mismo tiempo, importantes y necesarios, todos llamados a remar juntos, todos necesitados de confortarnos mutuamente». Lo descubrimos cuando nos sorprendió esta tormenta, furiosa e inesperada que está azotando al mundo. Pero como en tantas otras ocasiones, parece que los pobres siempre son los que más salen perdiendo. La noticia de que la vacuna, o más bien vacunas, contra el covid-19 está cada vez más cerca es esperanzadora y ha arrojado algo de claridad en medio de la tempestad de la segunda ola de la pandemia. Pero al mismo tiempo también ha aportado incertidumbre y ha revelado que el acceso equitativo al medicamento, para incluir a los países pobres, se ha convertido en un inmenso desafío.

El papa Francisco ha pedido en varias ocasiones que la vacuna contra el coronavirus sea universal y no solo esté al alcance de los países más ricos, para que todos, incluso los más pobres, puedan curarse de esta pandemia. «Sería triste si en la entrega de la vacuna se diera prioridad a los más ricos o si esta vacuna pasara a ser propiedad de esta o aquella nación y ya no fuera para todos. Debe ser universal, para todos», ha señalado recientemente en una audiencia con los miembros de la fundación italiana "Banco Farmaceutico".

Francisco también ha lamentado que haya poblaciones en el mundo que «no tienen acceso a determinados fármacos» y ha recalcado que «a nivel ético, si existe la posibilidad de tratar una enfermedad con un fármaco, este debe estar al alcance de todos, de lo contrario se crea una injusticia». El Papa también ha alertado del «peligro de la globalización de la indiferencia» y ha defendido firmemente «la globalización de la cura, es decir, la posibilidad de que todas las poblaciones tengan acceso a los fármacos que podrían salvar muchas vidas». También ha mencionado que «las empresas farmacéuticas pueden contribuir generosamente a una distribución más equitativa de los medicamentos» y ha recordado que los gobernantes, «a través de opciones legislativas y financieras, están llamados a construir un mundo más justo, en el que los pobres no sean abandonados o, peor aún, descartados».

Contra la globalización de la indiferencia y por la globalización de la cura

La carrera científica y también comercial para dar con la vacuna que pueda prevenir los contagios de manera eficaz está llena de luces y también de sombras. Actualmente hay centenares de estudios en marcha en diferentes fases y al menos tres en todo el mundo están arrojando resultados más que prometedores, con unas altas tasas de eficacia. Pero aunque las autoridades sanitarias aprueben una vacuna, o varias, no se podrá decir que la pesadilla ha terminado. Solo se podrá cantar victoria cuando la protección frente al virus haya llegado a todo el mundo, sin distinciones, y un porcentaje elevado de la población esté inmunizado, también y por supuesto, en los países de rentas más bajas. Francisco también ha lamentado que haya poblaciones en el mundo que «no tienen acceso a determinados fármacos» y ha recalcado que «a nivel ético, si existe la posibilidad de tratar una enfermedad con un fármaco, este debe estar al alcance de todos, de lo contrario se crea una injusticia».

El Papa además ha alertado del «peligro de la globalización de la indiferencia» y ha defendido firmemente «la globalización de la cura, es decir, la posibilidad de que todas las poblaciones tengan acceso a los fármacos que podrían salvar muchas vidas». También ha mencionado que «las empresas farmacéuticas pueden contribuir generosamente a una distribución más equitativa de los medicamentos» y ha recordado que los gobernantes, «a través de opciones legislativas y financieras, están llamados a construir un mundo más justo, en el que los pobres no sean abandonados o, peor aún, descartados».

La carrera por encontrar la fórmula que acabe definitivamente con la amenaza del coronavirus tiene mucho de guerra comercial entre las farmacéuticas y también de guerra logística. Hay ciencia, pero también negocio. Por eso, es fundamental impedir que la vacuna se perciba como un comercio y no como una pieza irrenunciable del derecho a la salud que tiene todo ser humano.

Equidad para guiar la distribución de la vacuna

Para monseñor Augusto Zampini, secretario adjunto del Dicasterio para el Servicio del Desarrollo humano integral y que también forma parte de la dirección de la Comisión vaticana covid-19, instaurada a petición del Papa, la equidad es la cuestión fundamental que debe guiar todo el proceso de desarrollo de la vacuna, desde sus orígenes. «El objetivo es la vacuna para todos, al menos más del 70-80% de la población mundial debe ser vacunada, millones y millones de personas, pero para que eso ocurra tiene que haber equidad desde el momento inicial», dice a L'Osservatore Romano. Y resalta el valor de fijar unos criterios justos de financiación, que en ocasiones puede ser pública y privada a la vez. Para ello, lanza una serie de preguntas que no deberían pasar desapercibidas a la hora de abordar la cuestión y en los que debería regir la transparencia: «¿Hay equidad para financiar? ¿Cómo se produce la vacuna y dónde? ¿Hay monopolios o no?». «Tiene que haber un modo de financiación pensado en el bien común, un modo de producción y de registro que sea apto para que la vacuna llegue a todos. No podemos aplicar los mismos principios que en épocas normales, esto es una pandemia que nos afecta a todos. La vacuna tiene que estar enfocada hacia el bien común», agrega Zampini, que ha recibido varios premios y becas a lo largo de su carrera y ha formado parte de



Una mujer se sienta sobre un poste de energía derivado mientras contempla su casa derruida tras el paso del huracán Iota, en Puerto Cabezas, Nicaragua 17 de noviembre de 2020

diferentes programas de liderazgo internacional, y que además participó como experto consultor en el Sínodo de la Amazonia.

Superar las desigualdades

Una de las vacunas más avanzadas, la de la farmacéutica Pfizer, que asegura una eficacia del 95%, necesita conservarse a una temperatura extremadamente baja, cercana a los 80 grados bajo cero, lo que dificulta enormemente la logística necesaria para su distribución y transporte. Esto significa que quienes tengan dificultades para poder pagar la vacuna lo van a tener aún más difícil para pagar la cadena de frío. De hecho, distribuir las vacunas podría resultar tanto o más difícil que conseguir el dinero para pagarlas. Es decir, los países con más recursos económicos podrán costearse un sistema adecuado para distribuir el medicamento y los países con rentas más bajas, sobre todo en África, América Latina o Asia estarán en enorme desventaja a la hora de recibir la vacuna al no poder invertir en las infraestructuras necesarias para mantener la cadena de frío idónea. Casi tres mil millones de personas en todo el mundo viven en lugares que no cuentan con los sistemas de almacenamiento con temperatura controlada necesarios para una campaña de inmunización a gran escala. En muchos de esos lugares tampoco hay trabajadores sanitarios suficientes para inocular la vacuna a la población y además para muchas personas el acceso a los centros de salud no está garantizado.

Vacunas para todos

Monseñor Zampini, que sigue de cerca la evolución de los estudios científicos que actualmente están en curso en distintas partes del mundo, también se-

ñala a este diario que la implementación de la vacuna es otro de los aspectos fundamentales a tener en cuenta. «Quién dará la confianza a la gente para que se vacunen, ahí es donde la Iglesia también puede ayudar mucho, apunta». También alerta, en conversación con este diario, de las potenciales consecuencias devastadoras para la salud pública mundial de un reparto desigual de la vacuna. «Si no podemos vacunar a todos o a la mayoría, la vacuna por la mutación del virus, no va a servir pero no le va a servir a nadie y después vamos a tener que buscar nueva vacuna y eso lleva mucho tiempo, aunque ahora se esté haciendo en un tiempo récord por la necesidad», señala. Un estudio reciente de la universidad estadounidense de Northeastern ha examinado el vínculo entre el acceso a la vacuna y la mortalidad del covid-19. Los investigadores han barajado dos escenarios: en el primero se preguntaron lo que sucedería si los 50 países más ricos monopolizaran los primeros 2.000 millones de dosis de una vacuna. En este caso, las muertes por coronavirus se reducirían en un tercio en el mundo. Mientras que en el segundo escenario se plantearon qué ocurriría si la vacuna fuera distribuida en función de la población de un país y no de su capacidad para pagar, es decir, si la distribución fuera equitativa. Siguiendo esta hipótesis, los fallecimientos disminuirían un 61% a nivel global.

El peligro de los «nacionalismos de las vacunas»

Cada país está luchando por hacerse con el mayor número posible de dosis y en medio de las prisas por acabar la pandemia y reactivar la economía se corre el riesgo de dejar de lado la solidaridad y de que la distribución de la vacuna no siga criterios epidemiológicos y de salud pública, priorizando a aquellos lugares más golpeados por el virus, sino meramente financieros. Ya se está hablando incluso de un «nacionalismo de las vacunas», que prioriza el interés propio en lugar del bien común mundial, puesto

que muchos países ricos están cerrando acuerdos individuales con las farmacéuticas para asegurarse un acceso temprano al medicamento. El COVAX, el Centro de acceso global a las vacunas de covid-19 reúne a más de 180 países y varios organismos internacionales, científicos y a representantes de la sociedad civil para garantizar un acceso a las vacunas para todos a medida que estén disponibles, cubriendo el coste de fabricación y distribución de al menos 2.000 millones de dosis. Este ente funciona como una especie de fondo común en el que los países con ingresos medios y altos financian las vacunas para ellos y también para los países pobres que sin este mecanismo no podrían acceder a ellas. Los individualismos no harían otra cosa que hacer saltar por los aires este intento solidario y equitativo de hacer llegar la vacuna a todos los rincones del mundo. El Centro para el Desarrollo Global, con sede en Washington y cono-

cido por sus programas de alivio de deuda especialmente en Nigeria y Liberia, cree que es poco probable que gran parte de los primeros lotes de vacunas lleguen a los países más pobres, ya que la gran mayoría de las potenciales dosis han sido ya compradas por los países ricos y por lo tanto «no queda gran cosa para el resto». Por otro lado, es difícil saber el precio exacto de una vacuna, lo que realmente pagan los países por cada dosis y lo que realmente cuesta a las farmacéuticas producirlas. Por eso, estas compañías deberían relevar de manera transparente los costes que les genera producir la fórmula para que se fije un precio de venta justo, tal y como han prometido numerosos laboratorios asegurando que distribuirían la fórmula a precio de coste. Esta es la petición fundamental de varias organizaciones del campo de la sanidad y la cooperación, como Médicos Sin Fronteras. «Las acciones de las farmacéuticas podrían llevar a una situación en la que alguien que no está en alto riesgo de contraer covid en un país desarrollado tenga acceso a una vacuna antes que el personal sanitario de primera línea en un país en desarrollo», ha advertido esta organización.

Una ocasión para salir mejores de la crisis

Monseñor Zampini invita a recordar los efectos demoleedores del virus, a nivel sanitario, pero también social y económico. Y pide poner en el centro a los que más están sufriendo las consecuencias de la pandemia, como «los millones de personas que han perdido su trabajo, las miles de empresas que han quebrado, los miles de personas que están con ansiedad, que sufren violencia interna en el hogar, o son presas de conflictos, los que no tienen acceso a los alimentos en países como los latinoamericanos, con problemas enormes de deuda, de falta de producción, inmersos en problemas sociales, porque allí en muchos lugares el 50% de la economía es informal y no se puede sostener sin gente que salga de la calle que vender, por ejemplo».

Covid y huracán Iota: la doble amenaza de América central

SILVINA PÉREZ

Miles de hondureños que huyeron en estas horas de dos catastróficas tormentas en la región se aglomeran en abarrotados refugios generando preocupaciones de que la caótica situación desencadene un nuevo aumento en las infecciones por coronavirus. "El problema de salud más urgente es el coronavirus, pero no es el único", dijo a L'Osservatore Romano el Cardenal de Honduras, Óscar Rodríguez Madariaga, quien manifestó su preocupación por el efecto que tendrá la pandemia en las personas, en especial para los más pobres, entre ellos, migrantes, pueblos originarios, campesinos, afrodescendientes, mujeres, adultos mayores y niños.

La post-pandemia del coronavirus ¿nos hará más cooperativos y confiados, o más egoístas y desconfiados?

En su mensaje con motivo del aniversario de las Naciones Unidas, el Papa nos dice que podemos elegir entre dos salidas a esta crisis: la que conduce al fortalecimiento del multilateralismo y la unidad de la familia humana o en cambio podemos elegir el camino de la autosuficiencia, el nacionalismo, proteccionismo, individualismo y aislamiento, excluyendo a los más pobres, a los más vulnerables, a los habitantes de las periferias existenciales. Sin dudas, hay que encarar el desafío del covid-19 por medio de la promoción de una economía verde del conocimiento, evitando la espiral de la deuda y por la austeridad fiscal siempre hacia los más pobres y el aumento de la degradación ambiental.

¿Cómo se puede garantizar una distribución equitativa de las vacunas contra el covid-19?

Creo conveniente que en primera instancia se adopten oportunamente las medidas para asegurar que las vacunas contra el covid-19 estén disponibles para todos, priorizando a los más pobres, quienes han sido los más afectados por la pandemia en nuestro continente. Lo importante es que la vacuna sea distribuida a los más pobres y los ancianos, que es la población más vulnerable. Los gobiernos deben de pensar en el desposeído y en el que tiene mayores dificultades. Esperemos que no sea el criterio económico el que, una vez más, margine del acceso a los sistemas de salud a los más golpeados por esta crisis sanitaria. La vida de cientos de millones de personas en el mundo depende de la ciencia, de la solidaridad y de que la ciencia no funcione como un negocio. Confiamos plenamente que se hará una distribución equitativa entre las naciones para beneficio de la humanidad.

Recuerda además a los estudiantes y menciona que no todos tienen acceso a la educación ni tampoco a internet, para seguir las clases a distancia cuando sea necesario. «Muchas veces nos olvidamos de que la pandemia aumenta las desigualdades, bastante grandes de por sí, existentes en el mundo y por lo tanto la cura tiene que ser coherente», apunta monseñor Zampini. Y añade: «La cura a la pandemia debe iniciar con una vacuna equitativa acompañada de medidas sociopolíticas y económicas donde se busque la equidad, pues esa es la clave». También anima a reflexionar sobre cómo podemos salir mejores de esta crisis. «El virus es una invitación a recuperar el concepto de equidad ya que solamente con ello se puede conseguir el desarrollo y solamente con un desarrollo equitativo y a la vez sustentable se puede conseguir paz y solamente con esta clase de paz podemos tener un mundo más saludable», indica.

Entrevista con la hermana Conchita, misionera comboniana desde hace 45 años en Sudán

Estar allí donde los pobres están

ROCÍO LANCHO GARCÍA

«Al mismo tiempo que evangelizamos somos también evangelizadas». Así lo vive la misionera comboniana española, Conchita López, que lleva en Sudán 45 años. Toda una vida dedicada a los demás, viviendo en las periferias, con los pobres y los abandonados. En estos años le ha tocado vivir la guerra, y también la creación de Sudán del Sur. Ha vivido en primera línea el horror, el dolor, el hambre. Del mismo modo que guarda grandes recuerdos por la acogida y la amistad creada con la gente. A pesar de las dificultades, ella sabe que «vale la pena estar aquí».

En esta entrevista con L'Osservatore Romano, la hermana habla de cómo se está viviendo este tiempo de pandemia, de cómo transmiten el mensaje de esperanza de *Fratelli tutti* en un pueblo que ha vivido y vive el sufrimiento de la guerra y de cómo marcó a la población el gesto del Papa de besar los pies de los líderes sudaneses en el encuentro en el Vaticano.

Precisamente en estos días llega un impulso de nueva esperanza para la paz. Los militares miembros de la Alianza de oposición del Sudán del Sur, no firmantes del acuerdo de paz de septiembre de 2018, se adherirán al organismo Igad de seguimiento del alto el fuego (*Ceasefire and Transitional Security Arrangements, Monitoring and Verification Mechanism - Ctsavvm*) en el país a partir del 1 de enero. Fue anunciado el pasado sábado por la Comunidad de San Egidio, que medió la segunda ronda de negociaciones que tuvo lugar en Roma.

¿Hace cuánto tiempo llegó a Sudán?
¿Cuál es su trabajo allí?

Llevo en Sudán 45 años, quitando unos 8 que los pasé en España. Toda mi vida la he pasado aquí. Yo he vivido en primera persona cuando Sudán se dividió y se creó Sudán del Sur en 2011. Es el último estado creado en África. Personalmente considero que es una bendición poder trabajar aquí en Sudán porque es la tierra en la que trabajó nuestro fundador S. Daniel Comboni y donde nuestras primeras hermanas dieron su vida con un lento y dolorosísimo martirio durante los años de prisión en tiempo de la Madhia.

Mi trabajo ha sido siempre en la pastoral, tanto en Sudán del Norte como en el Sudán del Sur. He trabajado con niños, con mujeres, con catequistas, etc. Siempre en la formación de líderes que fueran capaces de sacar adelante a su gente.

Siempre he trabajado en las periferias, entre mis hermanos los más pobres y abandonados. Y realmente siempre lo he vivido con gozo y alegría, porque al mismo tiempo que evangelizamos somos también evangelizadas, y reconocemos la presencia de Dios en estas personas sencillas y humildes. Realmente las misioneras combonianas nos movemos en aquellos ambientes difíciles a los que nadie quiere ir. Esa ha sido



siempre mi vida, estar allí donde los pobres están.

Toda una vida dedicada a este país y a su gente. En todos estos años ¿qué ha sido lo más difícil que le ha tocado vivir? ¿Y su mejor recuerdo?

Bueno las dificultades siempre son muchas y muy distintas, pero entre otras dificultades la mayor que yo he vivido ha sido la guerra, con todo lo que ella comporta: hambre, horror y muerte. Es una experiencia durísima porque te tienes que enfrentar a tu mismo miedo, a preguntas complicadas, a decisiones extremas. Pero la fuerza y la gracia de Dios no me ha faltado, haciendo crecer en mí el deseo de compartir estos sufrimientos con estos mis hermanos y hermanas más pobres.

Es realmente en esos momentos difíciles cuando se vive una unión y solidaridad particular con las personas con las que compartes tu vida.

Los mejores recuerdos son muchos, realmente hay mucho bien entre la gente y lazos de amistad que se crean muy bonitos y muy sólidos. La gente es muy acogedora con nosotros, nos quiere de corazón. Esos son recuerdos fantásticos.

Pero hay un recuerdo particular, sobre todo cuando la gente aterrizada durante el tiempo de guerra, viendo que las ONG's dejaban el país, con temor me preguntaban: «hermana ¿también vosotros os marcháis?», y con la gracia y la fuerza de Dios yo les respondía: «No, el buen pastor no abandona las ovejas cuando ve llegar al lobo... y sus ojos se iluminaban de gozo. Y esto me daba la fuerza para seguir adelante con mucha alegría, dando gracias al Señor y diciendo «vale la pena estar aquí».

Estamos viviendo un tiempo marcado por la pandemia del Covid-19. ¿Cómo se han vivido allí estos meses?

Aquí, por la gracia de Dios no hay mucho contagio, y la mayoría de la gente vive sin mucho temor, porque realmente tienen otras pandemias mucho peores que el Covid-19, y la peor es el hambre, la malaria y tantas otras. Uno no se puede hacer una idea de cómo es la vida aquí hasta que no se está dentro. Es durí-

simo ver a la gente súper delgada porque no tienen gran cosa que comer. En esas circunstancias no se piensa al Covid, a usar mascarillas, a la distancia social. La prioridad es otra.

Claro, el Covid ha influido mucho en el coste de la vida, en todos los sentidos. La vida se ha encarecido mucho, todo es más difícil. Las fronteras están cerradas, hay más limitaciones en muchos ámbitos de la vida social, pero tengo la impresión de que no se vive como en Europa. La gente aquí necesita salir todos los días para ir al mercado para vender sus productos y tener algo para comer. La vida no se puede medir con las mismas categorías. Las prioridades son distintas.

En su opinión, ¿cuál es la necesidad más urgente para la población sudanesa?

Son muchas las necesidades, pero sobre todo el pan y lo necesario para vivir, pues existe un gran contraste, entre los que tienen mucho, hasta lo superfluo y los que no tienen nada y están pasando mucha hambre. El Sudán, como en otros sitios, es un país de contrastes, hay gente con mucho dinero, que vive bien, y hay pobres, muy pobres. Lo más urgente, diría yo, es la justicia social.

En medio de la crisis humanitaria, política y económica que acecha al país, ¿cómo se transmite el mensaje de esperanza del Evangelio?

Como el protagonista de la misión es el Espíritu Santo, creo que lo primero es proclamar el Evangelio con nuestra vida, haciendo nuestros los sentimientos de Cristo y así nos convertimos en instrumentos por medio de los cuales Él manifiesta su compasión y su amor. Y como decía antes, el mensaje de esperanza del Evangelio, es en muchos casos nuestra presencia. Quizás no podemos hacer grandes cosas, pero estamos ahí, con el pueblo. Y eso genera esperanza e ilusión en la gente. El mensaje del Evangelio es de paz, de solidaridad, de justicia, y eso es como una simiente que va generando una sociedad nueva sin que nos demos cuenta.

El Papa Francisco ha publicado recientemente la encíclica Fratelli tutti. ¿Cómo explicar su mensaje a un pueblo marcado por la división y la violencia?

Realmente la encíclica *Fratelli tutti* es maravillosa. Pienso que la parábola del buen samaritano va muy bien para todos. Ciertamente es una vez más que el Espíritu Santo les dispone y nos dispone a acoger y recibir el mensaje. A nosotros nos toca explicarlo con humildad y amor, no solo con las palabras, sino con el testimonio de la vida.

Es verdad que el pueblo está marcado por el sufrimiento, pero yo no diría que esté marcado por la división o la violencia, porque la gente sencilla lo que desea es la paz, poder vivir en paz, poder salir de casa y regresar sin problemas. Y en ese sentido el mensaje de *Fratelli tutti* llega a todo, todos hacemos parte de esta gran familia humana. En Sudán también hay muchos movimientos migratorios, de gente que va y otros que vienen. *Fratelli tutti* tiene mucho que decir en estos ambientes sobre la fraternidad humana.

En abril de 2019, el Pontífice realizó un gesto sorprendente y muy significativo al besar los pies de los líderes sudaneses en un encuentro en el Vaticano. ¿Qué supuso este gesto para la población sudanesa?

Sí, realmente fue un gesto que nos dejó sin aliento, nadie esperaba un gesto así. Ahí estaban los líderes que se pelean por riquezas del subsuelo, que no tienen un gran interés por sus gentes. Y el Papa se puso de rodillas ante ellos pidiéndoles que se reconciliaran, fue realmente un gesto muy fuerte.

Pero, para los líderes de Sudán del Sur parece ser que este gesto no les tocó mucho, pues regresando al sur continuaron con la guerra. Sin embargo, para la población fue un gran acto de humildad e imitación de nuestro Señor Jesucristo, y esto hizo crecer en ellos el amor y la estima por el Papa.

La Iglesia y la sociedad de Sudán, tanto en el Norte como en el Sur se construyen con la gente sencilla, con los que creen en la fuerza del diálogo y de la paz.

Todos hermanos en el ecumenismo político del amor

Una mirada protestante desde Martin Luther King y Desmond Tutu

MARCELO FIGUEROA

Para no pocos referentes cristianos en el diálogo entre las religiones, el ecumenismo es imaginado como el encuentro desde y entre tres figuras confesionales concéntricas que se conectan, cruzan y convergen entre sí; a la vez que giran en movimientos dobles propios e interconectados. En el primer círculo comulgarían las confesiones cristianas, en el siguiente las otras devenidas del tronco abrahámico como el judaísmo y el islam, y en el tercero - y no por eso menos importante - el resto de las religiones y cosmovisiones trascendentes.

Si bien la Encíclica *Fratelli tutti* es una encíclica ecuménica en sí misma, dedica todo el capítulo VIII para abordar especialmente el lugar de «Las religiones al servicio de la fraternidad en el mundo». En ese apartado del documento confluyen armoniosamente esos tres círculos mencionados. Me permitiré, en estas líneas, centrarme en el primero de ellos, y especialmente en los dos referentes cristianos no católicos citados por el Papa Francisco: Martin Luther King y Desmond Tutu. Finalmente, intentaré reflexionar citando algunos conceptos claves de esos líderes cristianos, por supuesto junto a las emanadas en el documento por el Papa Francisco, en temas como política, amor, justicia, transformación, liberación, amor y paz.

El mencionado capítulo VIII de la Encíclica comienza con un texto orientador y revelador para ese fin: «Las distintas religiones, a partir de la valoración de cada persona humana como criatura llamada a ser hijo o hija de Dios, ofrecen un aporte valioso para la construcción de la fraternidad y para la defensa de la justicia en la sociedad. El diálogo entre personas de distintas religiones no se hace meramente por diplomacia, amabilidad o tolerancia». (FT #271). Esta mirada que se afirma en la profundidad del contenido común de la filiación en Dios como Padre, se eleva sobre las superficies protocolares para construir unidos un pragmatismo profético hacia un continente universal de valores fraternos comunes, el reino de Cristo. En esa dinámica del «ahora y todavía no» del reino de Dios y su justicia que se recibe, se asume y también se sueña, nos pueden iluminar las palabras del pastor Martin Luther King ancladas en la voz del Bautista que hace eco a las de Isaías (*Lucas 3, 4-6*) para elevarse en las alas de ese sueño profético fraternal: «Yo tengo el sueño de que un día cada valle será exaltado, cada colina y montaña será bajada, los sitios escarpados serán aplanados y los sitios sinuosos serán enderezados, y que la gloria del Señor será revelada y toda la carne la verá al unísono. Esta es nuestra esperanza... Con esta fe seremos capaces de transformar las discordancias de nuestra nación en una hermosa sinfonía de hermandad. Con esta fe seremos capaces de trabajar juntos, de rezar juntos, de luchar juntos, de ir a prisión juntos, de luchar por nuestra libertad juntos, con la certeza de que un día seremos libres». La política, o «la mejor política», para utilizar terminología de la Encíclica, es incluida también por el Santo Padre como una materia religiosa, ecuménica, trascendente y eclesial en este capítulo VIII: «...si bien la Iglesia respeta la autonomía de la política, no relega su propia misión al ámbito de lo privado. Al



contario, «no puede ni debe quedarse al margen» en la consustitución de un mundo mejor ni dejar de «despertar las fuerzas espirituales» que fecunden la vida en sociedad... La Iglesia, «tiene un papel público que no se agota en sus actividades de asistencia y educación». No pretende disputar poderes terrenos, sino ofrecerse como «un hogar entra los hogares - estos es la Iglesia -, abierto [...] para testimoniar al mundo actual la fe, la esperanza y el amor al Señor y a aquellos que Él ama con predilección» (FT #276).

El obispo anglicano Desmond Mpilo Tutu en un trascendental mensaje reflexionando sobre «Política y Religión» dijo que: «Si la Iglesia muestra preocupación por las víctimas de la indiferencia y la explotación, o denuncia la brecha creciente que existe en el país entre unos pocos ricos y la vasta mayoría que son pobres, entonces se acusará a la Iglesia de intervenir en asuntos de los cuales sabe muy poco. Cuando se trabaja para lograr una sociedad más justa, participativa y sustentable cuyos miembros intervengan en la toma de decisiones cruciales sobre asuntos que son importantes para su vida, entonces se oír decir: «¡No hay que mezclar la religión con la política!». Tutu, va concluyendo su discurso a modo de preguntas retóricas alrededor de la eximianción bíblica sobre estos temas con este tipo de interrogantes: «¿Acaso dicen que a Dios solo le preocupa la salvación de individuos y no le interesa la redención de la matriz socio-política y económica en la cual viven? ¿O dicen que de hecho a Dios no le importa la condición del hambriento, del desposeído, del que no tiene voz ni voto, del emprobecido y que Él no toma partido a favor ni en contra de nadie?». Finalmente, en el párrafo final del mensaje en cuestión que debió enviar grabado porque el gobierno le había retirado el pasaporte, el reverendo Tutu dijo: «Cuando dos personas se encuentran en conflicto y una de ellas es considerablemente más fuerte que la otra, ser neutral no es justo, ni honesto, ni imparcial. Pues implica colocarse de hecho del lado del opresor».

Finalmente, y a modo de conclusión, es bueno releer el apartado «Religión y violencia» del capítulo VIII de *Fratelli tutti* que hemos estado reflexionando brevemente. En ella, el Papa Francisco nos recuerda que: «Los creyentes nos vemos desafiados a volver a nuestras fuentes para concentrarnos en lo esencial: la adoración a Dios y el amor al prójimo, de manera que algunos aspectos de nuestras doctrinas, fuera de su contexto, no terminen alimentando formas de desprecio, odio, xenofobia, negación del otro» (FT #282). El ecumenismo y el odio en todas sus manifestaciones es un oxímoron insostenible. El verdadero lumen del ser ecuménico es el amor y la paz. Por eso, continúa diciendo el papa Francisco: «La verdad es que la violencia no encuentra fundamento en las convicciones religiosas fundamentales sino en sus deformaciones. El culto a Dios sincero y humilde «no lleva a la discriminación, al odio y a la violencia, sino al respeto de la sacralidad de la vida, al respeto por la dignidad y la libertad de los demás, y al compromiso amoroso por todos. En realidad «el que no ama no conoce a Dios, porque Dios es amor» (1 Jn 4,8)» (FT #282 y 283).

En un mensaje a los Pasionistas la invitación a la misión entre los pobres y los débiles

Hacia los crucificados de nuestra época

Una invitación a renovar la misión entre los pobres y los débiles, «los crucificados de nuestro tiempo», fue dirigido por el Papa a la congregación de la Pasión de Jesucristo a través de un mensaje —publicado el jueves 19 de noviembre— con ocasión de las celebraciones jubilares por el tercer centenario.

Al Reverendo Padre
Joachim REGO C.F.
Superior General
Congregación de la Pasión de
Jesucristo (Pasionistas)

Las celebraciones jubilares del tercer centenario de vuestra congregación me ofrecen la ocasión de unirme espiritualmente a vuestra alegría por el don de la vocación recibida para vivir y proclamar la memoria de la Pasión de Cristo, haciendo del misterio pascual el centro de vuestra vida (cf. *Constitutiones* 64). Este carisma vuestro, como todos los carismas de la vida consagrada, es una irradiación del amor salvífico que brota del misterio trinitario, se revela en el amor al Crucificado (cf. *Exhort. ap. Vita consecrata* 17-19, 23), se derrama sobre una persona elegida por la Providencia y se extiende en una comunidad determinada, para implantarse en la Iglesia en respuesta a necesidades particulares de la historia. Para que el carisma perdure en el tiempo, es necesario hacer que se adapte a las nuevas exigencias, manteniendo viva la fuerza creadora de los comienzos.

Esta importante conmemoración del centenario representa una oportunidad providencial para emprender nuevos objetivos apostólicos, sin ceder a la tentación de «dejar las cosas como están». (*Exhort. ap. Evangelii gaudium*, 25). El contacto con la Palabra de Dios en la oración y la lectura de los signos de los tiempos en los acontecimientos cotidianos os hará capaces de percibir el soplo creativo del Espíritu que alienta en el tiempo, señalando las respuestas a las expectativas de la humanidad. No se le escapa a nadie que vivimos hoy en un mundo donde nada es como antes. La humanidad se encuentra en la espiral de cambios que ponen en tela de juicio no sólo el valor de las corrientes culturales que la han enriquecido hasta ahora, sino incluso la íntima constitución de su ser. La naturaleza y el cosmos, sometidos al dolor y a la caducidad por la manipulación humana (cf. *Rom* 8,20), adquieren preocupantes rasgos degenerativos. A vosotros también se os pide que identifiquéis nuevos estilos de vida y nuevas formas de lenguaje para proclamar el amor del Crucificado, dando así testimonio del corazón de vuestra identidad.

A este respecto, he sabido que vuestras recientes reflexiones durante el Capítulo os han llevado al compromiso de renovar vuestra misión, centrándoos en tres caminos: la gratitud, la profecía y la esperanza. La gratitud es la experiencia que vive el pasado con la actitud del Magnificat y camina hacia el futuro con una actitud eucarística. Vuestra gratitud es



el fruto de la memoria passionis. Quien se sumerge en la contemplación y está comprometido en el anuncio del amor que se entrega por nosotros en la Cruz, se convierte en su prolongación en la historia, y su vida se realiza y es feliz. La profecía es pensar y hablar en el Espíritu. Esto es posible para aquellos que viven la oración como el aliento del alma, y pueden captar los gestos del Espíritu en lo profundo de los corazones y en toda la creación. Entonces la palabra anunciada siempre se adapta a las necesidades del presente. Que la memoria passionis os haga profetas del amor del Crucificado en un mundo que está perdiendo el senti-

raizada en la memoria passionis. Vuestro fundador, San Pablo de la Cruz, define la Pasión de Jesús como «la obra más grande y más bella del amor de Dios» (*Cartas* II, 499). Sentía que dicho amor ardía y quería incendiar el mundo con su actividad misionera personal y la de sus compañeros. Es muy importante recordar que «la misión es una pasión por Jesús pero, al mismo tiempo, una pasión por su pueblo. Cuando nos detenemos ante Jesús crucificado, reconocemos todo su amor que nos dignifica y nos sostiene, pero allí mismo, si no somos ciegos, empezamos a percibir que esa mirada de Jesús se amplía y se dirige llena de cariño y de ardor hacia todo su pueblo. Así redescubrimos que Él nos quiere tomar como instrumentos para llegar cada vez más cerca de su pueblo amado. Nos toma de en medio del pueblo y nos envía al pueblo, de tal modo que nuestra identidad no se entiende sin esta pertenencia» (*Exhort. ap. Evangelii gaudium*, 268).

Mientras que como Cabeza nuestro Salvador ha resucitado y ya no muere, en su cuerpo —que místicamente es la Iglesia pero misteriosamente es también cada ser humano con el que se ha unido de alguna manera en la Encarnación (cf. *Const. past. Gaudium et Spes*, 22)— todavía sufre y muere. No os canséis de acentuar vuestro compromiso con las necesidades de la humanidad. Que esta preocupación misionera se dirija sobre todo a los crucificados de nuestro tiempo: los pobres, los débiles, los oprimidos y los descartados por las múltiples formas de injusticia. La realización de esta tarea requerirá por vuestra parte un sincero esfuerzo de renovación interior que proviene de la relación personal con el Crucificado-Resucitado. Sólo quien es crucificado por el amor, como lo fue Jesús en la Cruz, es capaz de socorrer a los crucificados de la historia con palabras y acciones eficaces. No es posible, en efecto, convencer a los demás del amor de Dios sólo a través de un anuncio verbal e informativo. Se necesitan gestos concretos que hagan experimentar ese amor en nuestro mismo amor que se entrega compartiendo las situaciones crucificadas, incluso gastando nuestra vida hasta el final, aunque quede claro que entre el anuncio y su aceptación en la fe corre la acción del Espíritu Santo.

La Madre del Crucificado-Resucitado, figura de la Iglesia, Virgen que escucha, reza, ofrece y genera vida, es la memoria permanente de Jesús, especialmente de su Pasión. Os encomiendo a ella e invocando la intercesión de vuestro fundador, San Pablo de la Cruz, y de los santos y beatos passionistas, imparto de corazón la Bendición Apostólica a toda la familia passionista y a todos los que participarán en las diversas celebraciones de vuestro solemne Jubileo.

Roma, San Juan de Letrán, 15 de octubre de 2020

FRANCISCO

do del amor. La esperanza es ver en la semilla que muere la espiga que rinde el treinta, el sesenta, el cien por ciento. Se trata de percibir que en vuestras comunidades religiosas y parroquiales, cada vez más menguadas, continúa la acción generadora del Espíritu, que nos hace estar seguros de la misericordia del Padre que no nos abandona. La esperanza es regocijarse por lo que hay, en lugar de quejarse por lo que falta. En cualquier caso, no os dejéis «robar la alegría de la evangelización» (*Exhort. ap. Evangelii gaudium* 83).

Espero que los miembros de vuestro Instituto se sientan «marcados a fuego» (ibíd., 273) por la misión en-

La agenda 2021 de la Biblioteca Apostólica Vaticana

La mujer y el libro

Imprescindible presencia femenina

JOSÉ TOLENTINO DE MENDONÇA

Publicamos el texto de la introducción del cardenal Bibliotecario de la Santa Romana Iglesia a la Agenda 2021 de la Biblioteca Apostólica Vaticana dedicada a La mujer y el libro, parte de la serie «Agendas anuales Bav». La agenda está disponible en formato grande (26 x 18 cm, 20 euros) y en formato pequeño (17 x 12 cm, 14 euros).

La mujer y los libros. La mujer como constructora y custodia de bibliotecas a lo largo del tiempo. La presencia de la mujer en los tesoros literarios e iconográficos de la Biblioteca Apostólica Vaticana. Para afrontar estos temas quizá se debe retroceder hasta el comentario de san Ambrosio a la escena de la Anunciación, en el que afirma que fue útil para María, en su conversación con el arcángel, haber leído al profeta Isaías de antemano, en particular ese pasaje en el que se dice que una virgen dará a luz un hijo (7, 14). Legerat hoc Maria, garantiza la voz con autoridad de Ambrosio.

De esta manera, ofreció al imaginario artístico occidental lo que luego se convertiría en uno de los elementos más curiosos y constantes en la representación del misterio de la Encarnación: la presencia de un libro en manos de la Madre de Cristo.

La primera representación de María cum libro se remonta al siglo IX una innovación medieval que el Renacimiento no solo acogerá y ampliará, sino que dejará también un legado seguro a la modernidad: la Virgen María alfabetizada, que maneja los textos con intimidad y se representa no con las herramientas de la vida doméstica en el pueblo campesino de Nazaret, sino con lo que se convertirá en un instrumento de la fecundidad que el cristianismo ofrece en ese momento, la biblioteca. En su refinado estudio (*¿Qué leía la Virgen? Casi una novela por imágenes*, Polistampa, 2019), Michele Feo identifica, sorprendentemente, más de cuarenta textos diferentes en los que María aparece inmersa en la lectura. Por esto, lo importante no es saber qué libro estaba leyendo María en el decisivo episodio de la Anunciación. Lo importante es acoger cómo el libro, en esta escena, funcione ya como facilitador de una experiencia espiritual: una experiencia de escucha y de conocimiento que reconfigura el mundo. Empezando por el mundo interior de cada lector, cada lectora.

No es posible hacer la historia de la Biblioteca de los Papas sin iluminar la contribución de las mujeres: mujeres escritoras, mujeres artistas, mujeres teólogas, mujeres protagonistas de la vida de la Iglesia, mujeres mecenas, mujeres creadoras, mujeres de ciencia y de cultura. Y todavía hoy es así. Basta pensar que más de la mitad de la comunidad de trabajo que hace funcionar la Biblioteca Apostólica Vaticana está formada por mujeres.

Mensaje a los hindúes con ocasión de la fiesta de Deepavali

Reavivar la esperanza en tiempo de Covid-19



«Cristianos e hindúes: Reavivemos un clima positivo y esperanzador durante la pandemia de Covid-19 y después». Este es el lema del mensaje enviado por el Pontificio Consejo para el diálogo interreligioso a los hindúes con ocasión de la fiesta anual de Deepavali (es decir, "festa de lámparas de aceite"), que dura tres días en este 2020 e inicia el 14 de noviembre. Simbólicamente fundado sobre una antigua mitología, representa la victoria de la verdad sobre la mentira, de la luz sobre las tinieblas, de la vida sobre la muerte, del bien sobre el mal. Publicamos a continuación el texto firmado por el cardenal presidente Miguel Ángel Ayuso Guixot y por el secretario monje Indunil Janakarathne Kodithuwakku Kankanamalage.

Queridos amigos hindúes,

El Consejo Pontificio para el Diálogo Interreligioso os saluda cordialmente y os desea lo mejor con motivo de Deepavali, que celebráis este año el 14 de noviembre. Ojalá, en medio de las dificultades de la pandemia de Covid-19, esta fiesta tan significativa disipe toda nube de miedo, ansiedad y preocupación, y llene vuestros corazones y mentes con la luz de la amistad, la generosidad y la solidaridad.

Con el Mensaje de Deepavali de este año, el Consejo Pontificio encargado de promover el diálogo y la cooperación interreligiosos continúa su acendrada tradición de felicitaros y brindaros algunas reflexiones puntuales. Este es el vigésimo quinto de dichos Mensajes, que buscan reconocer, mantener y valorar los bienes presentes en nuestras tradiciones religiosas y patrimonios espirituales (cf. *Nostra Aetate*, 2). Si bien representen un pequeño paso en la senda del aprecio y la cooperación interreligiosos, estos mensajes han mejorado y promovido a lo largo de los años el diálogo y la armonía entre hindúes y cristianos en diversos niveles. Proseguimos de buen grado esta noble tradición con el fin de forjar, fomentar y promover las relaciones mutuas entre hindúes y cristianos

como medio de trabajar juntos para nuestro bien y el de toda la humanidad.

Este año, en medio de la pandemia de Covid-19, deseamos compartir con vosotros algunas reflexiones sobre la necesidad de fomentar un espíritu positivo y de esperanza en el futuro, incluso ante obstáculos aparentemente insuperables, desafíos socioeconómicos, políticos y espirituales, y ansiedad, incertidumbre y miedo generalizados.

Nuestros esfuerzos para lograrlo se basan en nuestra convicción de que Dios, que nos creó y nos sostiene, nunca nos abandonará. Un acicate al optimismo puede sonar poco realista para aquellos que han perdido a sus seres queridos o sus medios de vida o ambos. Incluso la esperanza y la positividad más firmes pueden disiparse frente a las trágicas situaciones causadas por esta pandemia y sus graves repercusiones en la vida cotidiana, la economía, la atención sanitaria, la educación y las prácticas religiosas. Sin embargo, es precisamente la confianza en la Providencia divina lo que nos inspira a seguir siendo optimistas y a trabajar para reavivar la esperanza en medio de nuestras sociedades.

La pandemia, en efecto, ha producido una serie de cambios positivos en nuestra forma de pensar y vivir, a pesar del sufrimiento sin precedentes que ha causado en todo el mundo y de los confinamientos que han trastornado nuestra vida habitual. Las experiencias de sufrimiento y el sentido de responsabilidad recíproca han unido a nuestras comunidades en la solidaridad y la atención, en actos de bondad y compasión por los que sufren y los necesitados. Esos signos de solidaridad nos han llevado a apreciar más profundamente la importancia de la coexistencia, del hecho de que nos pertenecemos unos a otros y que nos necesitamos unos a otros para el bienestar de todos y el de nuestra casa común. Como señalaba el Papa Francisco, "la solidaridad hoy es el camino para recorrer hacia un mundo post-pandemia, hacia la sanación de nuestras enfermedades interpersonales y sociales", y "un camino para salir de la crisis mejores" (*Audiencia General*, 2 de septiembre de 2020).

Nuestras respectivas tradiciones religiosas nos enseñan a ser positivos y a tener esperanza incluso en medio de la adversidad. Si prestamos atención a esas tradiciones y enseñanzas religiosas, podemos esforzarnos, en medio de esta crisis mundial, por propagar lo que al Papa Francisco le gusta llamar "el contagio de la esperanza" (*Mensaje Urbí et Orbí*, 12 de abril de 2020) mediante gestos de cuidado, afecto, amabilidad, dulzura y compasión que son más contagiosos que el propio coronavirus.

Basándonos en esas tradiciones y enseñanzas religiosas, en nuestros valores compartidos y en nuestro compromiso para mejorar la humanidad, los cristianos e hindúes nos unamos a todas las personas de buena voluntad para trabajar en la construcción de una cultura de positividad y esperanza en el corazón de nuestras sociedades, no sólo en estos días difíciles sino también en el futuro que nos espera.

¡Os deseamos a todos un Feliz Deepavali!

MIGUEL ÁNGEL CARDENAL AYUSO GUIXOT,
PRESIDENTE DEL MCCJ

REV. MONS. INDUNIL KODITHUWAKKU
JANAKARATNE KANKANAMALAGE
SECRETARIO



La catequesis dedicada a María, mujer orante y modelo de humildad

La oración transforma la inquietud en disponibilidad

Siguiendo con las reflexiones sobre la oración durante la audiencia general, el Papa Francisco habló este miércoles, 18 de noviembre, de la Virgen María como mujer orante y modelo de humildad. Publicamos el texto de la catequesis pronunciada por el Pontífice en la Biblioteca privada del Palacio apostólico vaticano.

Queridos hermanos y hermanas, ¡buenos días!

En nuestro camino de catequesis sobre la oración, hoy encontramos a la Virgen María, como mujer orante. La Virgen rezaba. Cuando el mundo todavía la ignora, cuando es una sencilla joven prometida con un hombre de la casa de David, María reza. Podemos imaginar a la joven de Nazaret recogida en silencio, en continuo diálogo con Dios, que pronto le encomendaría su misión. Ella está ya llena de gracia e inmaculada desde la concepción, pero todavía no sabe nada de su sorprendente y extraordinaria vocación y del mar tempestuoso que tendrá que navegar. Algo es seguro: María pertenece al gran grupo de los humildes de corazón a quienes los historiadores oficiales no incluyen en sus libros, pero con quienes Dios ha preparado la venida de su Hijo.

María no dirige autónomamente su vida: espera que Dios tome las riendas de su camino y la guíe donde Él quiere. Es dócil, y con su disponibilidad predispone los grandes eventos que involucran a Dios en el mundo. El Catecismo nos recuerda su presencia constante y atenta en el designio amoroso del Padre y a lo largo de la vida de Jesús (cfr. *CCE*, 2617-2618).

María está en oración, cuando el arcángel Gabriel viene a traerle el anuncio a Nazaret. Su "he aquí", pequeño e inmenso, que en ese momento hace saltar de alegría a toda la creación, ha estado precedido en la historia de la salvación de muchos otros "he aquí", de muchas obedien-

cias confiadas, de muchas disponibilidades a la voluntad de Dios. No hay mejor forma de rezar que ponerse como María en una actitud de apertura, de corazón abierto a Dios: "Señor, lo que Tú quieras, cuando Tú quieras y como Tú quieras". Es decir, el corazón abierto a la voluntad de Dios. Y Dios siempre responde. ¡Cuántos creyentes viven así su oración! Los que son más humildes de corazón, rezan así: con la humildad esencial, digamos así; con humildad sencilla: "Señor, lo que Tú quieras, cuando Tú quieras y como Tú quieras". Y estos rezan así, no enfadándose porque los días están llenos de problemas, sino yendo al encuentro de la realidad y sabiendo que en el amor humilde, en el amor ofrecido en cada situación, nos convertimos en instrumentos de la gracia de Dios. Señor, lo que Tú quieras, cuando Tú quieras y como Tú quieras. Una oración sencilla, pero es poner nuestra vida en manos del Señor: que sea Él quien nos guíe. Todos podemos rezar así, casi sin palabras.

La oración sabe calmar la inquietud: pero, nosotros somos inquietos, siempre queremos las cosas antes de pedir las y las queremos en seguida. Esta inquietud nos hace daño, y la oración sabe calmar la inquietud, sabe transformarla en disponibilidad. Cuando estoy inquieto, rezo y la oración me abre el corazón y me vuelve disponible a la voluntad de Dios. La Virgen María, en esos pocos instantes de la Anunciación, ha sabido rechazar el miedo, aun presagando que su "sí" le daría pruebas muy duras. Si en la oración com-

prendemos que cada día donado por Dios es una llamada, entonces agrandamos el corazón y acogemos todo. Se aprende a decir: "Lo que Tú quieras, Señor. Prométeme solo que estarás presente en cada paso de mi camino". Esto es lo importante: pedir al Señor su presencia en cada paso de nuestro camino: que no nos deje solos, que no nos abandone en la tentación, que no nos abandone en los momentos difíciles. Ese final del Padre Nuestro es así: la gracia que Jesús mismo nos ha enseñado a pedir al Señor.

María acompaña en oración toda la vida de Jesús, hasta la muerte y la resurrección; y al final continúa, y acompaña los primeros pasos de la Iglesia naciente (cfr. *Hch* 1,14). María reza con los discípulos que han atravesado el escándalo de la cruz. Reza con Pedro, que ha cedido al miedo y ha llorado por el arrepentimiento. María está ahí, con los discípulos, en medio de los hombres y las mujeres que su Hijo ha llamado a formar su Comunidad. ¡María no hace el sacerdote entre ellos, no! Es la Madre de Jesús que reza con ellos, en comunidad, como una de la comunidad. Reza con ellos y reza por ellos. Y, nuevamente, su oración precede el futuro que está por cumplirse: por obra del Espíritu Santo se ha convertido en Madre de Dios, y por obra del Espíritu Santo, se convierte en Madre de la Iglesia. Rezando con la Iglesia naciente se convierte en Madre de la Iglesia, acompaña a los discípulos en los primeros pasos de la Iglesia en la oración, esperando al Espíritu Santo. En silencio, siempre en silencio. La oración de María es silenciosa. El Evangelio nos cuenta solamente una oración de María: en Caná, cuando pide a su Hijo, para esa pobre gente, que va a quedar mal en la fiesta. Pero, imaginemos: ¡hacer una fiesta de boda y terminarla con leche por-

que no había vino! ¡Eso es quedar mal! Y Ella, reza y pide al Hijo que resuelva ese problema. La presencia de María es por sí misma oración, y su presencia entre los discípulos en el Cenáculo, esperando el Espíritu Santo, está en oración. Así María da a luz a la Iglesia, es Madre de la Iglesia. El Catecismo explica: «En la fe de su humilde esclava, el don de Dios encuentra la acogida que esperaba desde el comienzo de los tiempos» (*CCE*, 2617).

En la Virgen María, la natural intuición femenina es exaltada por su singular unión con Dios en la oración. Por esto, leyendo el Evangelio, notamos que algunas veces parece que ella desaparece, para después volver a aflorar en los momentos cruciales: María está abierta a la voz de Dios que guía su corazón, que guía sus pasos allí donde hay necesidad de su presencia. Presencia silenciosa de madre y de discípula. María está presente porque es Madre, pero también está presente porque es la primera discípula, la que ha aprendido mejor las cosas de Jesús. María nunca dice: "Venid, yo resolveré las cosas". Sino que dice: "Haced lo que Él os diga", siempre señalando con el dedo a Jesús. Esta actitud es típica del discípulo, y ella es la primera discípula: reza como Madre y reza como discípula.

«María, por su parte, guardaba todas estas cosas, y las meditaba en su corazón» (*Lc* 2,19). Así el evangelista Lucas retrata a la Madre del Señor en el Evangelio de la infancia. Todo lo que pasa a su alrededor termina teniendo un reflejo en lo más profundo de su corazón: los días llenos de alegría, como los momentos más oscuros, cuando también a ella le cuesta comprender por qué camino debe pasar la Redención. Todo termina en su corazón, para que pase la criba de la oración y sea transfigurado por ella. Ya sean los regalos de los Magos, o la huida en Egipto, hasta ese tremendo viernes de pasión: la Madre guarda todo y lo lleva a su diálogo con Dios. Algunos han comparado el corazón de María con una perla de esplendor incomparable, formada y suavizada por la paciente acogida de la voluntad de Dios a través de los misterios de Jesús meditados en la oración. ¡Qué bonito si nosotros también podemos parecernos un poco a nuestra Madre! Con el corazón abierto a la Palabra de Dios, con el corazón silencioso, con el corazón obediente, con el corazón que sabe recibir la Palabra de Dios y la deja crecer con una semilla del bien de la Iglesia.

Al finalizar la audiencia, antes de guardar la oración del Padre nuestro y de impartir la bendición, el Papa saludó como es habitual a los distintos grupos de fieles que lo seguían a través de la radio, la televisión y los nuevos medios de comunicación.

Saludo cordialmente a los fieles de lengua española. Que a imitación de la Virgen María y por su intercesión, el Señor nos dé la gracia de comprender en la oración que cada día que Él nos concede es una ocasión para acoger la voluntad del Padre, para cumplirla con un corazón lleno del amor de Dios y bien dispuesto al servicio de los hermanos. Que el Señor los bendiga a todos.